

# LA NOVELA FILM

N.º 7

30 cts.



EN PODER DEL ENEMIGO

# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila  
Urgel, 7. - BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96  
Administración | BARCELONA

Año I

N.º 7

## EN PODER DEL ENEMIGO

INTERPRETACIÓN DE  
AGNES AYRES  
WANDA HAWLEY  
JACK HOLT  
WALTERS HIERS

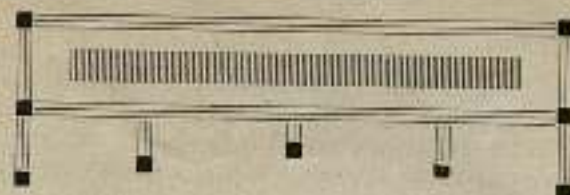
SUPER-PRODUCCIÓN DE LA  
PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

Programa Aju-  
ria Especial

Concesionaria: SELECCINE, S. A.  
RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 14, ENTLO  
BARCELONA



Prohibida la  
reproducción



## EN PODER DEL ENEMIGO

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Eran aquellos, tiempos románticos de gloria y de guerra, de heroísmos y de sacrificios; tiempos que marcan un capítulo grandioso y lastimero de la Historia de la Civilización Americana: la guerra fratricida del Norte contra el Sur.

Sobre las colinas que dominaban un pueblo sudista hallábase acampado el ejército norteño. Y las mil fogatas de los campamentos atravesaban las sombras de la noche, como luminarias de la victoria.

Por el pueblo sudista dominado pascábanse vencidos y vencedores, separados solamente por la invisible barrera del Odio.

La presencia del oñado uniforme de las tropas norteñas era, en la antigua mansión de los Hayne, una terrible mancha: algo que emponzoña y apesta como una plaga.

En la casa de los Hayne vivían:

Raquel Hayne, que estaba de luto por su marido, un oficial sudista muerto en la guerra;

Sarah Hayne, madre política de Raquel, y firme pilar de las tradiciones andistas;

Emma, hermana de Raquel, un rayo de sol en aquella casa oscurecida por la trágica sombra de la guerra;

Y, finalmente, Tía Clarisa y Tío Rufe, dos simpáticos negros, a quienes las cocinas de los Hayne todavía ofrecían abrigo y refugio, en atención a lo cual se dejarían hacer pedazos por sus amos.

El capitán Fielding, médico mayor del ejército nortista, se había fijado con sumo interés en Raquel, y le demostraba de continuo su agrado, pasando a saludarla incluso a su propia casa.

La madre política de Raquel recibía cada vez que veía a ese oficial en su casa, como a otro cualquiera en la calle, y cierta vez, apenas hubo salido el tal capitán de la mansión, la señora Sarah dijo, algo subida de tono, a su nuera:

—¡No permitas que ese maldito yanqui te vuelva a dirigir la palabra!

Raquel, con voz cariñosa en armonía con las gracias de su cuerpo, le contestó:

—Recuerda, mamá Sarah, que es médico mayor y muy bien mirado entre los yanquis. Y que si soy amable con él, acaso consienta en procurarme alguna quina.

—Pero exageras permitiendo que nos moleste en nuestra misma casa.

—No me importa hacer este sacrificio a cambio de un poco de droga, para pasarla de con-

trabando hasta nuestros pobres soldados. ¡La fiebre está causando estragos entre sus filas!

—Procura, pues, conseguir el favor que de él deseas, y luego mándalo con viento fresco a otra parte.

Aquel mismo día, un antiguo admirador de Raquel, el coronel Carlos Prescott, soldado del Norte por deber y convicción, se cruzó con el capitán Fielding frente a la casa de la joven viuda, y el médico, extrañado de ver llamar al coronel a la puerta de la mansión de los Hayne, se preguntó a qué iba a ella este superior... pero como estaba lejos de imaginar la amistad que en otros tiempos unió al Coronel a Raquel, se alejó sin dar importancia a ese encuentro casual.

El Coronel, introducido a presencia de Raquel, saludóla efusivamente y ella le correspondió gratamente impresionada por su visita.

—Perdóneme mi atrevimiento, Raquel—la rogó él, pero al enterarme de que vivía usted aquí, no pude resistir al deseo de volver a verla... ¡Después de tantos años!

—Ha hecho usted bien, Carlos.

Mientras ellos hablaban de sus recuerdos, Emma, solterita y con muchas ilusiones en su linda cabeza, se apartó a una habitación con tía Clarisa, y pidióle que le dijera la buena ventura.

La negrita complació a la locuela consultando los naipes, tras lo cual le manifestó:

—Nada, veo en tu vida un joven... regórdete... con mucha labia... artista...



—¡Oh! — exclamó Emma. — ¡Un artista! ¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo le veré?

— Calma, amita; espera, que las cartas no son un almanaque. ¿Quién puede saber, si no tu corazón, si te casarás pronto o dentro de veinte años!

— Por Dios, tía Clarisa, ¿has dicho veinte años?

— O cuarenta, vé a saber estas cosas, hijita!

— No, no, defente... que si sigues me quedo para vestir santos. Soy devota... ¡pero no tanto!...

Después de agradable conversación, el Coronel se despidió de Raquel, que estaba muy contenta, informándola de que había mandado colocar una guardia especial alrededor de la casa, para protegerlas, y Emma presenció esta despedida, reconociendo al nuevo galán de su hermana, a la cual, poniéndose seria, cuando estuvieron solas, frente a frente, le objetó:

— Raquel, tu manera de proceder no me parece muy correcta para una viudita de tan poco tiempo.

— Ya sabes, hermanita, que acababa de casarme con Gordon Hayne cuando él se fué a la guerra. Y te consta, niña, pues no se lo oculté a nadie, que yo no estaba enamorada de mi marido.

— Ya lo sé, Raquel: te casaste con él solamente para dar gusto a papá... Ahora, si vuelves a casarte, debes hacerlo a tu gusto. Estamos de acuerdo, hermana...

Mientras tanto, en el cuartel general de las

tropas sudistas, interrumpiase la discusión de altos planes, para prestar oído a las declaraciones de un humilde mensajero, el tío Rufo, quien dijo al jefe:

— Mi General, me manda decir mi señora Raquel Hayne, que pronto va a tener unos gramos de quinina, y descarta que le mandase alguien para recogerla y traerla a nuestros soldados.

Al oír esto, un Capitán sudista, que, tras largos meses en un hospital en completa amnesia, acababa de recobrar la memoria y con ella su identidad, se adelantó al General, tan pronto partió el tío Rufo, y se brindó a ir a buscar la droga.

— Mi General, permítame que sea yo ese mensajero. Será para mí un encargo muy grato.

— Pero si acaba usted de salir del hospital!... ¿Se cree usted con fuerzas suficientes para emprender una misión tan peligrosa?

— Sí, mi General.

— Debe usted saber que el hombre que yo mande a través de las líneas, debe traerme algo más que unos paquetes de quinina.

— Acaso se refiere usted a una misión secreta? Si es así, la acepto encantado.

— Conforme, Capitán.

En el jardín de su casa, Raquel se entrevistaba en aquel momento con el médico mayor Fielding, que le llevaba la droga prometida.

Al darle el paquete, el médico anticipó esta frase, que no era todo lo correcta que correspondía a un oficial.

—Esta enorme cantidad de quinina que la entrego, va a arrebatar a muchos de sus negritos de las garras de la muerte... Pero no me importará a donde vaya, con tal de que en esta casa tenga yo siempre la buena acogida que he tenido hasta hoy.

Raquel parecía tolerar las insinuantes pala-



—Mi General, permítame que sea yo ese monrajero.

bras del médico, dispuesta a quedarse con el paquete del medicamento necesario a los soldados de su bando.

Emma y la señora Sarah recibían, durante este intervalo, a un tal Tomás Becne, dibu-

jante de un semanario, para quien la guerra no era más que una inagotable proveedora de temas para sus bocetos.

La señora Sarah opuso algún reparo al artista, pero éste era decidido y emprendedor, y se salió con la suya.

Emma lo miró con asombro y murmuró para



—¡El hombre recordete y artista!

sí, recordando la profecía de tía Clarisa:

—¡El hombre recordete y artista!

Lo que deseaba el dibujante era tomar algunos apuntes de todas partes para su revista, y



la señora Sarah y Emma lo dejaron trabajar a sus anchas, marchándose cada una de ellas a sus cosas, como si no hubiese llegado nadie.

Pero Tomás era rápido y vertiginoso, y ya había tenido tiempo de trazar en el papel el delicioso perfil de Emma.

\* \* \*

El capitán Fielding y Raquel seguían hablando en el jardín. El primero trataba de conseguir de Raquel una palabra de esperanza de realización, más tarde o más temprano, de su deseo...

—No debe usted ignorar la responsabilidad inmensa que tomo sobre mí: en compensación, espero algo más que una sonrisa...

Raquel comprendía que el médico iba demasiado lejos, pero se encontraba entre la espada y la pared: si lo rechazaba, lo perdería todo de una vez, mientras que si aguantaba sus imperpetinencias con habilidad, el flirteo podría prolongarse indefinidamente.

Pero el Capitán era hombre que no gustaba de preámbulos y sus palabras veladas se trocaron en gestos atrevidos. En efecto, el médico la rodeó el talle con sus brazos y se proponía besarla.

Raquel se opuso a la pretensión del Capitán, intentando desasirse de él, pero éste no cedió en su empeño y fue sorprendido en tan poco simpática escena por el coronel Prescott, que aparecía en aquel momento.

El Coronel, indignado — pues vio cómo Ra-

quel se enojaba con el médico, — acudió a librar a la mujer de la ofensa que le infería el oficial, y reconvino a éste agriamente:

—¡Retírese, y no moleste más con su presencia a la señora Hayne!

El capitán Fielding miró con oculto rencor al Coronel y, dejando traslucir una ironía mordaz, le contestó:

—No me queda más recurso que obedecer la orden de mi superior.

Mientras Fielding se alejaba del jardín, alimentando un odio intenso hacia el Coronel — que suponía su rival en amores, — éste, tranquilizando a Raquel, le habló así:

—Raquel: reclamo para mí el honor de protegerla contra infames como ese Fielding... y contra todos en el mundo. Recuerde usted que si no hubiera sido por la intransigencia de su padre, a estas horas estaríamos casados.

Raquel se recogió en sí misma un instante, y luego contestó al Coronel:

—Carlos... vuelva esta noche a recoger mi respuesta.

La señora Sarah se había acercado a su nuera, para que hablase lo menos posible con un soldado del Norte, y oyó la cita que ella le daba a éste.

Y, al marcharse el Coronel, acariciando ya la dulce palabra que Raquel le pronunciaría un poco más tarde, la señora Sarah reprendió con suma extrañeza a su nuera:

—¡Tú!... ¡Con ese yanqui maldito!

—Mamá Sarah... "Ese yanqui maldito" va



a venir esta noche a pedirme en matrimonio. Y no tendré el valor de negarle mi mano!

—¡Jesús! ¿Serás capaz...? Pero, ¿has perdido la cabeza?

—Dejemos ahora eso, mamá Sarah... y vea lo que el médico ha traído: ¿No le parece a usted importante el paquetito de quinina? Por



*La señora Sarah se había acercado a su nuera...*

ser el primero... y el último, no está mal, ¿verdad?

—¡El último...?

—No es fácil que el médico mayor vuelva por esta casa.

Tomás Beane, el dibujante relámpago, dábale que le daba a su cuaderno de apuntes en el salón de la casa, solo, solito, cuando vió regresar a Emma. La diminuta (?) cara del joven se ensanchó con la distensión de sus labios para sonreír, y le dijo a la monísima criatura que tenía delante:

—¿Puedo acaso lisonjearme de que habéis vuelto para ochar un ameto párrafo conmigo?

Emma, aunque eso fuese cierto, quiso desvirtuarlo rotundamente, contestando a Tomás así:

—Sois un presumido impertinente! He vuelto porque necesitáis ser vigilado: nada más que por eso.

Callóse Tomás, continuó su trabajo, en tanto que Emma, que había puesto en su cara una nota agresiva, se balanceaba repantigada en una mecedora.

Tengo un amigo cuya abuela se rompió las narices entregándose a ese dulce vivir.

Emma le "hirió" con una mirada de fuego y desoyó la observación... pero la maldita casualidad probó la razón de Tomás, ya que la mecedora se tumbó al suelo con el correspondiente susto para Emma... y la "ruborizante" visión, para el dibujante, de albos plisés y bordados, amén de una pierna contorneadísima. Después de esto, Tomás no podía ser incrédulo respecto de la belleza de Emma, si acaso antes no estaba convencido de ella. Pero para disimular su asombro, se limitó a decirle ella.

—¿No os lo dije? Lo mismo que a la abuela de mi amigo.

—¡No me rompí las narices, ca!—le replicó, enfadada, Emma.—Y no permito que me comparéis con una abuela!

—Dispensadme, linda niña; no estuvo nunca en mi ánimo ofenderos en lo más mínimo... y quisiera seros agradable.

—Si os calláis, tal vez me incline a vos un poco de simpatía.

—¿Callarme, decís? ¡Pero creéis que eso es posible teniendo vos un rostro como el que tenéis? Si me presentáis batalla os diré, señorita, para intimidaros, que la pluma y el lápiz son más poderosos que la espada.

—¡No me haga usted reír!

—Pues si lo consigo, buena señal será.

—¿Qué pretencioso!...

—¿Qué preciosa!

Haga usted el favor.

—¡Monísima!

—Baje usted la voz.

—En... can... ta... do... ra...

—Eca... ge... ra... do...

4<sup>ta</sup>

Por aquella misma noche, una visita ni remotamente sospechada llegó al hogar de los Hayne, entrando por la puerta de servicio.

Éra el capitán sudista que se había encargado voluntariamente de ir a buscar la quinina que Raquel le prometiera al General de su bando.

En la cocina, el citado capitán tropezó con

tía Clarisa y, al verla, ésta iba a lanzar una exclamación de extraordinario asombro.

—¿Cómo no, si ese capitán era Gordon Hayne!

La negrita, cuya boca tapó un momento con una mano Gordon, mientras la abrazaba con la otra, díjole cuando lo pudo hacer:

—¡Hijo mío!... ¡Señorito Gordon!... ¡Todos le llorábamos creyéndole muerto!

—No lo he estado nunca, mi buena Clarisa. ¡No te vayas a creer que regreso del otro mundo!

—Pero ¿por qué viene con ese uniforme yanqui? ¿Se pasó usted acaso a los del Norte?

—No, mujer; lo hice por necesidad. ¿Dónde está la señorita Raquel?

—Venga, venga, señorito; ¡Qué alegrón le va usted a dar! Si la preparase antes...

—No hay tiempo para nada. Es preciso que nos veamos ahora mismo. Conduceme, pues, a su presencia.

Raquel se estaba arreglando para recibir al Coronel que estaba por llegar.

Emma, cariñosa, regañó a su hermana:

—No te avergüenzas de empolvarte, perfumarte y ponerte guapa "por un maldito yanqui"?

—¿Te gustaría verme casada con Carlos?

—Si tal es tu deseo, ello me encantaría!

—¿Has oído? Han llamado abajo... ¿Será él...?

—Voy a ver.

—Díle, si es él, que en seguidita estoy lista.

—Descuida, coquetona.



Emma fué a abrir la puerta de la casa y, en efecto, era el Coronel quien llegaba.

Al mismo tiempo, Gordon sorprendía a Raquel, en su habitación, ocultándose detrás de una cortina y dejándole encima de un echarpe un anillo suyo, que ella, al volver de acompañar a Ramia hasta el corredor, haciéndole re-



*... Raquel iba a lanzar una exclamación de extraordinario asombro.*

comendaciones para que recibiera con afabilidad a Carlos, reconoció con el desconcierto natural: ¿Cómo se encontraba allí aquella joya?

Volviose Raquel presa de un presentimiento conforme con la realidad, y vió a Gordon que se arrojaba en sus brazos.

— ¡Raquel mía, querida!

— ¿Qué? ¡Oh, Gordon, quién iba a pensar!

¡Pero, de dónde vienes...?

El la besó con delirio... ella, aunque no lo hubiese querido por esposo, aceptaba sus vehementes caricias, pues al fin y al cabo no dejaba de ser su marido, y abrumada por ese acontecimiento inesperado, aprovechó la circunstancia de la tierna y efusiva expresión de mutuo afecto que se hacían Gordon y su madre, la señora Sarah, para salir de su cuarto para adelantarse a Emma, quien subía a avisarla de la espera de Gordon en el salón.

En el tono festivo que empleaba siempre, Emma le anunció en el pasillo:

— ¡Un soldadote, simpático y grande, quiere ver a usted!

— Déjate de bromas, Emma. ¡Gordon no ha muerto!... ¡Ha venido y está ahí! Entra, le verás con su madre, y procura justificar mi ausencia mientras yo despido a Carlos.

Así lo hicieron las dos hermanas.

Raquel, por su parte, no sabía cómo ocultar su turbación ante el Coronel, ajeno al suceso trascendental que ocurría en la casa y ansioso de oírle pronunciar el "sí" que durante muchos años había deseado de ella.

El brillante oficial inició la entrevista con la siguiente frase:

— Estaba esperando a la mujer más encantadora del mundo, para preguntarle...: Raquel, ¿quieres ser mi esposa?

Como el tiempo apremiaba y no era caso de

que Gordon se enterara de lo que su esposa, creyéndole desaparecido para siempre, estaba dispuesta a hacer, Raquel contestó a su perseverante y digno pretendiente:

—No, Carlos, no puede ser... Los dos debemos renunciar a esa idea... Y no me pregunte la causa... ¡No podría contestarle!

—¿A qué obedece tan inexplicable y brusco cambio, Raquel?

—No insista en saber más, se lo suplico. ¡Adiós! No se disguste usted conmigo... que no lo merezco, créame...

—Disgustarme, no es la palabra. Sin embargo...

—¡Adiós, Carlos, adiós!

El Coronel, violentado consigo mismo, se inclinó ante la voluntad de Raquel, abandonó su casa, y cuando, devanándose los sesos por encontrar una razón que admitiese su conducta, se alejaba por el jardín, el jefe de un piquete de soldados le saltó el paso y le informó:

—Mi Coronel, estamos siguiendo la pista de un hombre sospechoso que anda por estos contornos. Si no opone usted ninguna objeción registraremos esta casa.

—¿Está seguro de haber visto al hombre que buscan por aquí?—insistió en saber el Coronel.

—No puede andar más lejos...

—En este caso, yo mismo dirigiré el registro—contestó el Coronel sospechando que algo anormal debía de ocurrirle a Raquel para observar con él tan rara conducta.

De modo que Carlos, en persona, llamó a la puerta de la mansión de los Hayne.

Las mujeres, que rodeaban trémulas de temor a Gordon, sereno como buen militar, le aconsejaron que se pudiese en salvo para no caer en poder del enemigo.

El Coronel, más convencido por el silencio



*Las mujeres, que rodeaban trémulas de temor a Gordon, le aconsejaron...*

con que eran acogidas sus repetidas llamadas de que todo no estaba en regla en aquella casa, ordenó a sus soldados que entraran en ella por la ventana.

Ante el inminente peligro de ser detenido por los contrarios, Gordon despojose del uniforme nordista que se puso para arriesgar



con libertad las filas enemigas, y quedó vestido con el uniforme sudista, que era el suyo, y dijo a las mujeres:

—No me fusilarán como un espía, porque si se apoderan de mí, me encontrarán vistiendo mi propio uniforme.

Al oírse los pasos de los soldados del Norte en los bajos de la casa, las mujeres salieron a su encuentro para, distrayéndoles con preguntas y explicaciones, dar tiempo a Gordon de escapar.

Pero los militares se desentendieron de delicadezas dudosas, y previa petición de excusas del Coronel a Raquel por el penoso deber de registrar su casa, Gordon fué descubierto y hecho preso.

Raquel, viendo que los enemigos de su bando se llevaban a su marido, no pudo ocultar su personalidad a Carlos, en la esperanza de encontrar — siquiera por el amor que ambos se tenían aún, imposible de ser real por la fuerza del destino, protección en él, y le solicitó, pues:

—¡Déjeme que me despidas de mi esposo!

—¿Su esposo? — repitió, pasmado, el Coronel.

—Sí, le dieron por muerto algunos meses atrás, y por tal le invitamos en esta casa, hasta hoy en que Dios nos lo ha traído.

—Pueden ustedes todas, decirle lo que deseen — respondió con sentimiento el Coronel.

La señora Sarah, Emma y Raquel lloraban a partir el corazón. La idea de la muerte que el código militar sentenciaría para Gordon, las aterrizzaba.

Y Raquel se sintió en aquel momento llevada de sincera conmiseración hacia el pobre preso, a quien dijo:

—Gordon, esposo mío, por venir a mi lado te has expuesto a esto. Ten ánimo. ¡Yo te juro que haré cuanto esté en mi mano por salvarte!

Al amanecer del día siguiente, entre la neblina crepuscular, la artillería sudista avanzaba para reconquistar el pueblo.

Y a la misma hora, daba principio la sesión del Consejo de Guerra norteño formado para juzgar a Gordon.

El médico mayor Fielding, nombrado defensor en la causa seguida contra aquél, veía gozoso una oportunidad de desquitarse de su odiado rival, y de vengarse al propio tiempo de la mujer que burló sus esperanzas.

A presenciar el acto habían sido admitidos Raquel, la señora Sarah y el Coronel.

—Antes de que el Consejo de Guerra dictamine sobre este caso, pido que se oiga la declaración del coronel Prescott — dijo Fielding al Presidente del Consejo, y complacido en su ruego prosiguió: — El Tribunal habrá advertido que la única prueba que existe para condenar a muerte al acusado, por espionaje, es este mapa.

Asintió a esto la presidencia, y Fielding, entonces, preguntó, subrayando sus palabras, al Coronel:

—Coronel Prescott, ¿está usted seguro de que este mapa se encontraba en poder del prisionero? ¿Hallábase presente algún otro testigo cuando usted recogió del suelo este mapa que

ha dicho usted que tiró el prisionero al verse sorprendido?

—No había nadie más que yo en la habitación donde, después de detenido el procesado, hallé en el suelo ese documento—contestó el Coronel.

—Créame en el deber de llamar la atención del Tribunal sobre este hecho particular—con-



*El médico mayor Fielding, nombrado defensor...*

tinuó Fielding.—La única prueba que existe contra el prisionero, descansa sobre la buena fe de un solo testigo.

—¿Luego, al discutir usted esa prueba, pone en tela de juicio la buena fe del coronel Prescott?—preguntó el Presidente del Consejo de Guerra al médico mayor.

—Eso es precisamente lo que me propongo. ¡Poner en duda la buena fe del coronel Prescott!

—Entonces usted afirma que yo falsifiqué ese papel—protestó el Coronel.—¿No es eso, capitán Fielding?

—La acusación es sumamente grave, y debe usted presentar una prueba en su apoyo...—añadió el presidente.—¿Qué razones pudo tener el coronel Prescott para cometer un acto tan reprochable, capitán Fielding?

—Señores... lo que movió al coronel Prescott a realizar el hecho fué el amor. ¡Un amor culpable hacia la esposa del prisionero! ¿Y cómo no aprovechar la ocasión que se le presenta para suprimir al marido, esa infranqueable barrera que se opone a sus planes?... Nos queda por averiguar si en el complot contra el detenido no interviene también su esposa.

—¡Eso es falso! Ese hombre es un villano, que está mintiendo a sabiendas!—exclamó, indignadísima, Raquel.—Coronel Prescott, diga usted que ese hombre miente!

El presidente hizo imponer enérgicamente el orden, y así pudo Fielding terminar su acusación contra el Coronel, y lo hizo como sigue:

—Ahora, señores, vista la razón que ha tenido el coronel Prescott para tramitar ese complot, que hubiera costado la vida de un hombre inocente, me veo obligado a pedir su inmediato arresto.

Fielding estaba persuadido de que su venganza sobre su rival ya estaba tomada, pero



no contaba con la nobleza de Gordon, quien, silencioso por interés durante la defensa que él le hacía, se levantó al fin y confesó la verdad:

—Señores, el capitán Fielding muere. No ha habido ningún complot contra ningún hombre inocente. Yo soy el único culpable. Yo soy el autor del plano. ¡Y me siento muy orgulloso de ello!

Lamentóse lastimeramente la señora Sarah, de la necesidad que acababa de hacer su hijo declarándose absolutamente culpable... pero la justicia había podido más que la cobardía.

—¿Cuál será la pena?

—Pobre Gordon!... Tengo el corazón hecho pedazos. En este mismo momento le estarán juzgando y martirizando esos yanquis de mal agüero... Todos, todos, sois unos monstruos de maldad!—decíale, mientras el Consejo de Guerra juzgaba a su cuñado. Emma a Tomás.

—Por favor, hermosa mía—respondióle el dibujante,—haced una excepción en favor de este humilde hijo de las Musas. Y, para distraeros, posad vuestros bellos ojos enojados en estos apuntes del bombardeo de este pueblo.

—¿Del bombardeo de este pueblo? ¡Pero si no lo han bombardeado!

—Pero lo bombardearán, hermosa mía. Yo tengo la costumbre de hacer los apuntes por adelantado, para que nada me coja desprevenido.

—¿A ver? ¡Por Dios, qué bromista sois! ¿Habéis hecho que una granada caiga precisamente en nuestra casa? ¡Vaya una gracia!

Apenas hubo terminado de hablar Emma, una granada enemiga cayó cerca de la casa, llevándose los dos jóvenes un susto fenomenal. ¿Acaso tenía Tomás el don de presagiar en sus apuntes los acontecimientos?

Poco después, el Consejo de Guerra emitió su fallo, que fué el siguiente:

Este Tribunal entiende que es usted culpable del delito de espionaje y le condena a ser pasado por las armas.

La madre del prisionero se desbizo en llanto con Raquel, pero él se hizo el fuerte con la altivez de un bravo militar.

El coronel Prescott, interesado vivamente en favor de Gordon y de su familia, solicitó audiencia con el general de división Stanton, a cuyas inmediatas órdenes estaba, y le dirigió esta suplica:

—Mi General, en vista de las acusaciones que se me han dirigido, pido a usted que la ejecución del capitán Gordon Hayne sea aplazada hasta que pueda yo ir al Presidente de la República a pedirle su indulto.

Acedió el General a la par que un oficial llegaba a su presencia con esta noticia:

—Mi General, el enemigo ha concentrado sus fuerzas y las dirige contra el pueblo en violentísimo ataque.

En seguida trazó un plano el jefe y ordenó:

—Vuelva a su puesto, coronel Prescott!

Llegó la noche, y las tropas del Sur iban a favor de las sombras a concentrarse en un punto

determinado — el paso de Torrey, — que era la llave de la defensa del pueblo.

En el Cuartel General Norteño cuida la ansiedad.

Tío Rufo llegaba a él para ver a su amigo Gordon, encerrado en el mismo edificio, y obtuvo del General la indispensable autorización para ello.

Tomás, ávido de espeluznantes apuntes para su revista, se presentó también en dicho cuartel, preguntando dónde sería más densa la batalla, contestándosele que fuese al paso de Torrey.

Al oír esto, Tomás enseñó su cuaderno de dibujos al ayudante del General, diciéndole que ya tenía listos tres apuntes de ese paso de Torrey, y que eligiese entre los tres el que mejor le pareciera que fuese publicado por su revista.

No estaban para bromas los oficiales, pues las cosas iban de mal en peor para su bando, que elocuentemente lo demostraba la preocupación del General, quien acababa de reaparecer en el cuartel.

Un oficial, procedente del paso de Torrey — de quien Tomás trató de obtener amplios datos para que sus apuntes tuvieran mayor relación con la realidad, sin conseguir otra cosa que una amenaza de hacerle conocer los puntos que calzaba, si seguía mariposeando por allí, — informó al General de lo que ocurría.

—El coronel Prescott pide más refuerzos. Ha sido herido, pero sigue mandando su regimiento.

—¡Felicite usted al coronel Prescott por su comportamiento, relévelo y dígame que se presente inmediatamente—ordenó el General.

Como la situación de las tropas norteñas era crítica, se mandaron todos los refuerzos posibles al paso de Torrey.

Tío Rufo, después de haber visto a Gordon y llevándole algún manjar de su casa, intercedió cerca del General en favor de su amigo, ofreciéndose, ¡pobre hombre!, a morir en su lugar.

—Lo siento en el alma—dijo el General,—pero no puede ser. La ley es ley y nada podemos contra ella.

En su casa, Raquel tomaba una determinación para intentar la salvación de su esposo, y se trasladó, no importándole lo que pudiera ocurrirle, al cuartel general de los yanquis.

El coronel Prescott no tardó en llegar al cuartel acurando la orden del General. Estaba herido de cuidado, y en vista de ello se mandó llamar con urgencia un cirujano.

Tomás seguía aún allí y lamentaba, en un rincón, la herida del simpático Coronel.

Según los recientes datos aportados por el herido al General, el paso de Torrey amenazaba ser tomado por los rebeldes.

—¿No tenemos un mapa, un plano cualquiera que poder enviar al comandante del Puerte?... ¿Una vista cualquiera del paso?

—¡Mi General! ¡Este hombre tiene tres apuntes!—dijo un oficial refiriéndose a Tomás.

Muy ufano, el dibujante enseñó sus apuntes al General, creyéndose que se los devolverían



felicitándolo, pero no dió precisamente en el clavo, pues no los volvería a ver más porque los tres se mandaban en el acto al Fuerte.

\*\*\*

El Coronel quedó solo en el despacho del Cuartel, a pesar de haber querido volver a su



*Muy ufano el dibujante enseñó sus apuntes al General...*

puesto— a lo cual se opuso el General.

Raquel llegó, y al advertir la alegría del herido al verla, exclamó:

—¡Coronel Prescott! ¡Mi deber me llama al lado de mi esposo! ¡En él solamente debo pensar!... Esta mañana, ante el Consejo de Guerra, no pude contenerme al ver en entredicho

mi honor y el de mi esposo. El, con su sincera confesión le salvó a usted; ahora no puede usted negarse a salvarle a él... Está ahí arriba en la prisión... Si usted quisiera, en la confusión, podría escaparse.

—¡Eso es imposible, Raquel, de todo punto imposible!

—Si usted me estima en algo realmente, no se negaría a hacerlo.

—Yo haré cuanto esté en mi mano para salvar a su marido, pero no puedo ser traidor a la confianza que mi patria ha depositado en mí. ¡No me pida usted eso, Raquel!

Una granada había abierto un boquete en el encierro de algunos prisioneros, y éstos, aprovechando la ocasión, mataron a sus guardas, tomaron sus armas y se aprestaron a fugarse, pero les cerró el paso el Coronel amenazándoles con su revólver.

—¡Alto!—gritó Prescott.

Espantada aún por el estrépito de la granada, Raquel vió con horror que su marido iba al frente de los que se evadían y que sería él, indudablemente, el primero en caer si Prescott disparara su arma, y gritó:

—¡Por Dios, Prescott, no mate a mi marido!

Pero el Coronel ya había disparado...

Gordon, apuntándole el fusil que llevaba, iba a matarlo.

—No, Gordon, no...—gesticuló Raquel.—No disparó contra vosotros. ¡Disparó al aire!

Un piquete de soldados nortefños acudió al cuartel, al mando de varios oficiales, entre los

cuales se contaba el médico mayor, alarmados por el derrumbamiento de una parte del edificio producido por la granada y por el ruido de los disparos de los prisioneros al matar a sus guardas.

Recía fué la lucha que se entabló entre los fugitivos y los soldados nortefios y, a consecuencia de la misma, Gordon fué herido, en la calle.

Fielding hizo transportar a Gordon al hospital para curarlo, a fin de que dentro de unas semanas pudiera ponerse ante el pelotón de fuego, para consumar de un modo u otro, la venganza que deseaba tomar de Raquel.

El General, enterado sobre el lugar, en aquel momento, de lo ocurrido, dudó de Raquel, y le dijo:

—Esto ha sido un complot para dejar escapar a los prisioneros, y usted indudablemente ha intervenido en él. Me veo obligado a ordenar su arresto, señora.

—Esta señora no ha intervenido en ningún complot mi General—afirmó el Coronel—. ¡Yo me ofrezco como fiador de ella!

Ante la declaración de Prescott, el General levantó la orden de arresto de Raquel, pero le aconsejó:

—Cuide de merecer la confianza que el Coronel ha puesto en usted, señora!

—Gracias—musitó ella a Carlos.

Diez días después, con la heroica defensa del paso de Torrey en la lista de las victorias nortefias, Gordon seguía en el hospital militar hi-

diendo con el dolor y la fiebre que le producían sus heridas, acompañado por su esposa y por su madre que iban desconfiando de salvar su vida, pero cuya única ilusión era poder llevarse a su casa.

El coronel Prescott, apenado por ello, dió cuenta a Raquel de que sus buenos propósitos



—...!Yo me ofrezco como fiador de ella!  
de amnistiar a Gordon habían sido estériles.

En vista de ello, Raquel tuvo una idea de salvación, y habiéndola comunicado al propio herido y a su madre, fué aprobada y sin demora se llevaría a efecto.

Por esta razón, con el nuevo día recibió el general Stanton, en su Cuartel General, una afligida y plañidera visitante, con un criado,



Estos eran: la señora Sarah y el tío Rufo, ambos enlutados.

—Mi pobre hijo... Gordon... acaba de morir en el hospital! —dijo la madre al militar.— Desearía que me autorizara a transportar su cuerpo a nuestra vieja casa familiar... Fue este su último deseo.



—...Desearía que me autorizara a transportar su cuerpo a nuestra vieja casa familiar...

Enternecido, el General complació a la familia del prisionero difunto, y la madre regresó sin tardar al hospital.

La farsa estaba bien preparada: Gordon se haría pasar por muerto; una sábana lo cubría enteramente. El soldado puesto de vigilancia a la puerta de la habitación de Gordon, había

accedido a ayudar a las mujeres, haciendo la vista gorda.

—Ten ánimo, Gordon, ahora que estás a punto de salvarte—recomendábale Raquel;— dentro de una hora te encontrarás en casa, y verás cómo te pones bueno... Y los yanquis no podrán sospechar que vives.

Tomás, que aprovechaba cualquier circunstancia para estar al lado de Emma, fué a verla al hospital—pues ella se hallaba en él con su hermana—y, enterado de la desgracia (?), se ofreció a lo que pudiera ser útil.

—Oh, esos hombres de la camilla tardan tanto! —dijo Emma.

—He mandado llamar al único hombre que puede ayudarles en este trance: el coronel Prescott.

—Oh, no, no! Raquel no querrá que se mezcle el Coronel en este asunto.

Sin quererlo, Tomás había metido la pata. ¿Qué resultaría de ello?



Como lo temía el soldado de guardia que estaba de parte de las atribuladas mujeres, el médico mayor Fielding llegó al hospital, y al ver a unos soldados con una camilla, preguntó a quién iba destinada.

La sorpresa de Fielding fué grande al oír que Gordon había fallecido.

Consultado el médico encargado de curar al herido prisionero, aquél refirió:

—¿Cuándo murió? No lo sé... Muy mal si

estaba hace un par de horas, cuando hice la visita, pero no dije nada a la familia, porque no era la cosa inminente: yo hubiera jurado que duraría aun más de una semana.

No viendo claro aquel asunto, Fielding quiso comprobar por sí mismo la defunción de Gordon.

—¡Oh, no!... No puedo aceptar la idea de que las manos de un extraño toquen su cuerpo! —protestó Raquel, ocultando su azoramiento.

Figurándose lo que se proponían Raquel y su familia—con la complicidad ineludable de alguien.—Fielding mandó llamar con urgencia al General, y entretanto se opuso a que el "muerto" fuese mudado de sitio.

No pueden llevarse el cuerpo del prisionero, hasta que yo lo haya examinado y extendido el certificado de defunción—manifestó a Raquel.

—¡No lo toque! ¡Le digo que está muerto! ¿Por qué esta profanación?—insistió Raquel.

—¡Que venga inmediatamente el cabo de guardia!—ordenó el médico mayor.

Cada minuto que pasaba en aquellas discusiones, podía ser fatal para el capitán Gordon, que, consumido por la fiebre y en mucho más grave estado de lo que todos sospechaban, comenzaba a sentir angustias de muerte bajo aquella manta que le impedía respirar.

Presentóse el cabo de guardia, y entonces Fielding le mandó que detuviese a Raquel.

También había llegado el Coronel, y éste, lógicamente, preguntó a Fielding:

—¿Qué razones tiene usted para oponerse a que se cumplan las órdenes del general Stanton?

—Ninguna, con tal de que se haga usted responsable de las consecuencias que puedan derivarse de este acto.

El Coronel no tenía ningún inconveniente en salir fiador de la familia del difunto, pero un mensajero trajo esta noticia:

El general Stanton ha dado orden de que nadie deje el hospital hasta que él llegue.

Anonadada, Raquel murmuró al Coronel:

—¡Perdóneme usted, Prescott; esto va a ser la causa de que usted se pierda!

Este, comprendiendo el grave compromiso en que había incurrido, abofeteó con la mirada a Fielding y recriminó para sí la culpa de Raquel, que no le había dicho la verdad.

Inútiles fueron las súplicas que le dirigió al médico mayor la desesperada esposa, y así las cosas llegó el General.

—Mi General, el coronel Prescott se opone a que yo examine este cuerpo—dijo Fielding al jefe. Y añadió:—¿Me da usted licencia para cumplir ahora mismo esta formalidad, mi General?

—Mi General intervino el Coronel,—el capitán Fielding ha mostrado hasta aquí tanta animosidad en contra mía, que pido que el examen sea llevado a cabo por una tercera persona.

—Soy el jefe de este hospital...—protestó el médico mayor,—y no toleraré que nadie más que yo examine ese cuerpo!



—¿Qué es eso, capitán?...—le reprendió el General.—Queda usted arrestado!

Y ante la angustia de todos, el propio General descubrió el rostro de Gordon, quien, agotadas sus fuerzas para luchar con la muerte en aquella horrible situación, había dejado de existir.

—Capitán Fielding, sus sospechas no tenían ningún fundamento... ¡El prisionero está bien muerto!—pronunció el General condenando con una mirada de reproche la conducta indigna del médico mayor.

Fácil de deducir es la impresión que la verdadera muerte de Gordon produjo a todos los presentes.

Pasó algún tiempo, y sobre los campos ensangrentados que barrera la metralla, elevóse majestuosa una nueva aurora: la aurora de la paz que anunciaba el término de una guerra fratricida.

¡La paz estaba firmada!

Apagóse el estruendo del cañón y el redoblar bélico de los tambores. Y en los campos y en las ciudades no había más fuego que el de los hogares, sin más ruidos que las risas de los niños.

En el jardín de su casa, tía Clarisa y Emma consultaban las cartas adivinatoras del porvenir.

La negrita leía en ellas:

Veó a un joven guapo y artista casarse con una muchacha rubia encantadora.

Y, como si la hubieran llamado, apareció visucño el dibujante relámpago. Emma se ruborizó su poquito en presencia de su futuro esposo.

—También veo otra boda...—añadió tía Clarisa.—Un apuesto Coronel con una viuda.

Y también la realidad daba la razón a los



—...apareció visucño el dibujante...

naipes: Raquel y Carlos se veían, por primera vez desde la muerte de Gordon, en un tranquilo paraje, bajo las murmurantes frondas, y susurraron palabras llenas de esperanzas...

¡Había sonado la hora del amor!

FIN

(Revisado por la censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO

LA SENTIMENTAL NOVELA

# HELIOTROPO

¿Qué culpa tiene una hija de que su padre sea un presidiario?  
Si es buena, ¿no tiene derecho, como las demás, a la felicidad con el hombre que su corazón elija?

PROGRAMA AJURIA

INTERPRETACIÓN INCOMPARABLE A CARGO DE  
**Frederick Burton y Diana Allen**

Postal-  
Escena **Bebé Daniels**

Precio: 30 céntimos

LA NOVELA FILM se pone en venta en toda España todos los Martes  
PUBLICACIONES SELECTAS



